

# Basura

El mar es familiar en el sentido  
de una sopa de genes,  
y delante del mar hay un estercolero  
y un rebaño de ovejas  
husmea pobres restos de comida.

De pronto dudas de la seducción  
repetitiva de las escombreras,  
de los residuos líquidos  
y orgánicos del cementerio.  
Con qué invisible y duradero encanto  
pudren el aire de los vivos  
o respiran su propio aire espesado.

¿Gozamos pervirtiendo la belleza,  
como en las universidades, u otra  
belleza nueva en la basura anuncia  
un horizonte sin cicatrizar?  
¿Más metafísica o adorno?

La basura no quiere ser humana.  
Le falta un término  
a la comparación. Es lo que era.

Cáscaras, pensamientos,  
costumbres... Ni los huesos  
soportan, pobre Yorick,  
confundirse contigo.

Desciendes a la orilla  
donde hay niños y espuma saludable.  
Te demoras y sacas unas fotos  
de dos rectángulos de tiza  
bajo el cielo encalado: dos amantes.  
O marido y mujer.

Como otros animales vives  
entre la madurez de los detritos  
de espaldas a la roca, a la asepsia del mar  
yodado y joven. Amas  
el descenso. Aunque  
quizá no sea amor.

La basura se siente bien contigo.  
Hazla metáfora.  
O deja aquí, entre plástico, los ojos  
para que otro los use. —